

TIEMPO EN EL ESPACIO: EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO*

Georgina Calderón Aragón* y Boris Berenzon Gorn**

Resumen

El artículo analiza la manera a partir de la cual se puede leer el tiempo en el espacio, toda vez que todo lo que ha actuado en la historia ha quedado inscrita en el espacio. En éste están grabadas las trazas, las inscripciones, las relaciones de todos los actores de la historia, incluso las ausencias y los silencios. Sin embargo, el que los acontecimientos sean al mismo tiempo espaciales y temporales no significa que se puedan interpretar fuera de sus propias determinaciones o sin tener en cuenta la totalidad de la que emanan y que ellos reproducen.

Para poder explicar esta temporalidad del espacio se pone la mirada en el centro histórico de la ciudad de México como lugar concreto, en virtud de reunir el cúmulo de ingredientes que permiten poner esmero en el proceso de transformación de un espacio específico en el tiempo.

Se parte entonces, de considerar a los sucesos dentro de la lógica espaciotemporal, lo cual sugiere a las determinaciones como el punto medular de interpretación, así como la reflexión desde la totalidad en donde se desenvuelven y trabajan los actores sociales y los elementos que participan.

Palabras clave: Temporalidad espacial. Producción del espacio. Ciudad de México.

Abstract

The article analyzes the way from which you can read the time in space, since everything he has acted in history has been recorded in space. It traces are recorded, and the inscriptions, relations of all actors in history, including absences and silences. However, the developments that are at the same time spatial and temporal does not mean that can be interpreted outside their own determinations or without taking into account all of which emanate and they reproduce.

*Este trabajo forma parte del proyecto internacional interdisciplinario: "En búsqueda de una concepción del Tiempo Espacio desde América", IPGH-OEA, UNAM.

*Dra. en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, cat_odisea@yahoo.com

**Dr. en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, bberenzon@prodigy.net.mx

To explain this temporary space becomes an eye in the historic center of Mexico City as a particular place, by virtue of bringing together the combination of ingredients that bring care in the process of transforming a specific space in time.

It is time to consider the events within the logic *timespace* which suggests to the determinations as the core of interpretation and reflection from the entire where they operate and work actors and social elements involved.

Keywords: Temporary space. Production Space. Mexico City.

TITLE: TIME IN SPACE: MEXICO CITY'S HISTORIC CENTER

El futuro es espacio,
espacio color de tierra,
color de nube,
color de agua, de aire,
espacio negro para muchos sueños,
espacio blanco para toda la nieve,
para toda la música.
Atrás quedó el amor desesperado
que no tenía sitio para un beso,
hay lugar para todos en el bosque,
en la calle, en la casa,
hay sitio subterráneo y submarino,
qué placer es hallar por fin,
subiendo
un planeta vacío,
grandes estrellas claras como el vodka
tan transparentes y deshabitadas,
y allí llegar con el primer teléfono
para que hablen más tarde tantos hombres
de sus enfermedades.
Lo importante es apenas divisarse,
gritar desde una dura cordillera
y ver en la otra punta
los pies de una mujer recién llegada.
Adelante, salgamos
del río sofocante
en que con otros peces navegamos
desde el alba a la noche migratoria
y ahora en este espacio descubierto
volemos a la pura soledad.
El futuro es espacio. Pablo Neruda

El poema de Pablo Neruda permite pensar en la relación indisociable del tiempo y el espacio. Toda vez que las relaciones sociales del pasado se pueden leer en las formas y significados y significantes espaciales por ellos construidas.

Pero a la vez, este espacio ya producido facilita o contiene, según el caso, una apropiación material y simbólica para las siguientes generaciones.

Así como el pasado evidencia un espacio específico, el futuro, nos propone Neruda, es factible de producir navegando con otros peces, desde el alba a la noche migratoria.

El tiempo entonces, es el foco de atención imprescindible para poder explicar el espacio. Todo lo que ha actuado en la historia ha quedado inscrito en el espacio. De tal forma que, como explica Henri Lefebvre (1976, p. 57) "podemos leer en él como en un gran panel, las trazas, las inscripciones, las relaciones de todos los actores de la historia, incluso las ausencias y los silencios."

Sin embargo, el que los acontecimientos sean al mismo tiempo espaciales y temporales no significa que se puedan interpretar fuera de sus propias determinaciones o sin tener en cuenta la totalidad de la que emanan y que ellos reproducen. Así es que siguiendo a Milton Santos (1990, p.125), "el espacio social no se puede explicar sin el tiempo social."

Por lo tanto, se parte de considerar a los sucesos dentro de la lógica espaciotemporal, lo cual sugiere a las determinaciones como el punto medular de interpretación, así como la reflexión desde la totalidad en donde se desenvuelven y trabajan los actores sociales y los elementos que participan.

Para poder explicar esta temporalidad del espacio ubicaremos la mirada en el centro histórico de la ciudad de México como lugar concreto, en virtud de reunir el cúmulo de ingredientes que permiten poner esmero en el proceso de transformación de un espacio específico en el tiempo. También se consideran los cambios que el sistema capitalista en su fase neoliberal ha impreso en el contexto de la ciudad.

De esta manera se puede situar el inicio del gran cambio espacial dentro del valle de México, "con la llegada y el establecimiento de los caminantes de las tribus mexicas, *los antiguos mexicanos*, para fundar la ciudad de Tenochtitlán," (Soustelle, 1970, p.45) Estos pobladores produjeron un espacio de acuerdo a las formas políticas, económicas y sociales que se fueron instaurando en el centro de México. El lugar de fundación, era una isla rodeada

de un lago somero el cual se integró a las actividades de reproducción social no sólo a través de obtener los productos propios del lago, sino además al transformar la orilla del mismo, por medio de la construcción de las chinampas, en unas áreas con una alta fertilidad, para obtener productos agrícolas.

El tiempo era medido de forma cíclica en virtud de estar sujetos a las temporadas del clima que marcaban tanto los especímenes de animales así como las cosechas cultivadas en el lago. Forma que todavía permanece no sólo entre las zonas agrícolas de todo el país, sino que también se manifiestan en las áreas chinamperas que subsisten en el sur del valle de México y las cuales son resultado fiel de una forma específica de apropiación de la base material para la reproducción de una sociedad determinada y que al paso de los años se ha refuncionalizado perdiendo el oficio original, pero sosteniendo un área agrícola que también se ha insertado en el discurso internacional al ser nombrada patrimonio de la humanidad.

Todo el centro del país, así como el sur y sureste y hasta el fin del territorio mesoamericano, se organizó en ese tiempo en función no sólo de satisfacer las necesidades de los pueblos indios que poblaban el área, también respondía a la cantidad de tributo que cada uno de ellos debía mandar al centro del país. Las rutas del tributo articulaban el territorio y marcaban las relaciones dependientes de los grupos subordinados a los mexicas.

El centro histórico de la ciudad de México

La llegada de los españoles no sólo modificó la lógica de la entidad. Se tenía la necesidad de imponer una manera diferente de conceptualizar el mundo y a partir de este principio se alteró lo ya construido desde dos perspectivas. Por un lado se destruyeron las pirámides y junto con su derrumbe se vino abajo la forma prehispánica de situarse en el universo. Y por otro, se levantó en el mismo sitio y con los mismos materiales de las pirámides, una retícula de origen romana que definiría, desde hace más de 500 años el futuro de la ciudad. A esta modificación Patrice Melé (2006, p.38), le denomina

superposición, y explica que se llevó a cabo mediante la destrucción del centro de la ciudad preexistente y el desplazamiento de las poblaciones indígenas.

El mismo Patrice Melé (2006, p.43) indica que

las modalidades de la fundación de las ciudades iberoamericanas no fueron una transferencia directa de las concepciones que sobre la ciudad estaban en vigor en la España o la Europa de aquel entonces, sino la creación de un modelo particular de ciudad. En su mayoría, las ciudades coloniales españolas no eran ciudades rodeadas de murallas. El acto de fundación no se limitaba a circunscribir el perímetro de la ciudad, sino a marcar un centro a partir del cual se pudiera extender la trama urbana. Durante la ceremonia de fundación, los textos de la Corona aconsejaban colocar un signo en el centro, como acto de toma de posesión y de sacralización del lugar, el cual a partir de ese momento ya no pertenecía al mundo salvaje de la cercana naturaleza.

Con esta consideración y retomando el planteamiento de Miguel Rojas (1978, p.62),

la plaza mayor colonial constituye un dispositivo provisto de una función ideológica particular. La reunión en un mismo lugar de las autoridades españolas, de la catedral y del tianguis indígena, permitía no sólo controlar a los indígenas e integrarlos a la economía colonial, sino también, gracias a la proximidad de la iglesia, facilitar las conversiones. La plaza era la expresión concreta de la voluntad colonizadora; ésta no se manifestaba en una primera etapa, por medio de la toma de posesión de los territorios o de los hombres, sino mediante la introducción de elementos de centralidad que conferían sentido y estructuraban funcionalmente la nueva organización del espacio y de la sociedad.

Por lo tanto, el centro resguardó, a partir de entonces y por muchos siglos, el poder económico, religioso y político del país y no sólo mantuvo sino además se acrecentó el imaginario colectivo de ser considerado el lugar de reunión, manifestación, para convocar y protestar por todas las desigualdades que las relaciones sociales han ido creando a lo largo de la historia de este país.

Diferencias que se muestran más evidentes en la ciudad de México, por haber sido y ser, como se dijo anteriormente, la ciudad más grande y que también testifica todas las contradicciones del sistema.

La llegada de los españoles al valle cambió la traza urbana y a partir de ella se fueron construyendo, en lo que terminó siendo el centro histórico, edificios de gran manufactura tanto para ofrecer servicios públicos, como para comercio y vivienda. En términos de José Luis de Rojas (1986, p.85),

la fundación de México, que significó la destrucción de Tenochtitlán, forzó a los indígenas a instalarse en las periferias: la traza española estaba rodeada por 70 barrios indígenas. Estos barrios de indígenas fueron los espacios de organización religiosa, social y administrativa a cargo de las órdenes religiosas, entre las que se encontraban dominicos, franciscanos y agustinos, las cuales llevaron el control y organización de los mismos, lo cual también sirvió para lograr el acaparamiento de tierras. Así, para principio del siglo XIX la iglesia en su conjunto tenía en propiedad, independientemente de los conventos, el 48 por ciento del valor de los bienes inmuebles de la ciudad, y de 36 por ciento de los edificios, dejando sólo el 16 por ciento a los poderes civiles. Las leyes de desamortización de 1856, lograron que las grandes manzanas en propiedad de las órdenes religiosas se fragmentaran en mayor número de calles y plazas.”

Se trataba, en términos de Charles Gibson (1978, p.37)

de parroquias, y la institución del santo patrono, que daba su nombre al barrio y constituía la base de un sistema de cargos políticos y religiosos, estructuraba los barrios a imagen de las comunidades indígenas. Si bien se trataba de recuperar la idea de barrios anteriormente construida, para los pueblos originarios era un espacio y una significación de ellos completamente diferente. Además, esos nuevos barrios carecían de toda infraestructura urbana, lo que los hacía, en términos generales, zonas insalubres.

Con el tiempo, las funciones y prácticas de la plaza central, tal como lo dice Miguel Rojas (1978, p.72) evolucionaron con el paso de los siglos.

La plaza colonial era el corazón funcional de la ciudad, estaba abierta al tránsito, al mercado, a los mendigos y constituía el lugar de contacto entre indígenas y españoles. Mientras que la plaza concentraba todas las funciones centrales de la ciudad, a partir del siglo XX sólo albergaba cierto tipo de comercios, así como las funciones políticas y religiosas.

Desde entonces se han realizado cambios de manera paulatina, sin embargo, hay ciertos periodos de importante trascendencia que indican las temporalidades más visibles plasmadas en el espacio.

La actividad económica se modificó sustancialmente con la aparición de la actividad manufacturera en la segunda mitad del siglo XVII. La manufactura forzó a producir nuevos espacios que permitieran principalmente la movilidad del transporte y el establecimiento del comercio a través del diseño de nuevas calles y la readecuación de lugar para el comercio, además de contribuir a la modificación de las relaciones sociales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX los bulevares creados en la periferia de la ciudad histórica delimitaban los nuevos sectores valorizados de la ciudad. En la ciudad el Paseo de la Reforma fue construido en 1865 por Maximiliano para unir el centro con el Castillo de Chapultepec. En esta gran avenida, que con el tiempo se convirtió en el símbolo de la ciudad, fue donde a partir de 1880 se construyeron las residencias de la burguesía. En este periodo inició también una producción espacial específica con la edificación de los primeros fraccionamientos, los cuales han tenido formas específicas de acuerdo a la temporalidad, pero han contribuido a lo largo de los años al crecimiento de la ciudad, principalmente para las clases sociales de mayor poder económico.

Estos nuevos espacios, de acuerdo a Patrice Melé (2006, p.43):

no sólo se distinguían de la ciudad central por su estructura, sino también por sus instalaciones: en la ciudad de principios de siglo, los espacios de los nuevos fraccionamientos destinados a las clases acomodadas fueron dotados de todos los servicios urbanos y de alumbrado público, mientras que estas infraestructuras y servicios no estaban presentes en todos los barrios centrales. Los espacios periféricos experimentarían un importante auge a partir de principios del siglo XX y con el rápido crecimiento de los barrios populares periféricos después de los años cuarenta."

Las primeras industrias de transformación llegan a la par del ferrocarril, esto significó la entrada de una tecnología que no sólo modificó el espacio completo del país, sino también lo estructuró con otra lógica. Para la ciudad representó el primer crecimiento de importancia, el cual continuó a mayor velocidad a partir de los años cuarenta del siglo veinte a partir del establecimiento del modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones.

Industrialización que hace crecer a la ciudad principalmente hacia el norte. Crecimiento que ya permite hablar de la conurbación con los municipios del estado de México. Se produjo un espacio específico industrial que se estableció en las zonas donde le dieron amplias facilidades al capital para establecerse. También, atrajo cantidades apreciables de mano de obra, con necesidades de vivienda y servicios. Actividad económica que fue ocupando y transformando las áreas agrícolas de manera paulatina.

La implementación del modelo neoliberal a principios de los ochenta, permite una última transformación del modelo de ciudad. Ahora responde a las exigencias de los capitales trasnacionales, así como a los requerimientos del capital financiero internacional.

Con cada uno de estos grandes cambios se implementaron avances tecnológicos diversos que imprimieron un sello específico a las áreas de crecimiento de la ciudad. Además, el capital no sólo fue determinando las etapas de ampliación del núcleo urbano, también, en cada una de ellas, fue diferenciando con mayor fuerza las áreas de inversión de las de exclusión.

Como parte de este proceso, se formaron dentro de la ciudad zonas de crecimiento para las clases pudientes, con posteriores etapas de abandono al perder valor el suelo por falta de inversión. Se fueron entonces apartando del centro histórico las clases sociales con mayores recursos, principalmente hacia las zonas sur y poniente. Dejando el norte y oriente para las áreas industriales y de vivienda de la clase trabajadora.

Los espacios se diferencian no sólo desde un punto de vista arquitectónico, también lo hacen por las actividades productivas, las cuales le dan un funcionamiento completamente diferente, ya sea que se trate de un espacio de la industria maquiladora, la cultura, los servicios, vivienda, comercio, turismo o el espacio propio de los transportes, así sea el metro con su red subterránea o la trama de transporte colectivo o individual superficial.

En cada caso y para cada cambio tecnológico producto de las modificaciones en las actividades económicas y productivas, se producen no sólo modificaciones físicas materiales, sino también la sociedad va asimilando y transformando la manera de acomodarse en el mundo, de ir teniendo un simbolismo diferente de los lugares y de apropiarse, también de manera diferencial, tanto de los espacios anteriormente construidos, como las construcciones resultado de los movimientos propios de las inversiones del capital, de la intervención del estado o de las prácticas de los movimientos sociales.

Así es entonces que tanto en el centro histórico, como en el resto de la ciudad se han llevado a cabo modificaciones derivadas de reemplazos de los

edificios. Estos han sido demolidos debido a múltiples factores entre los que destacan las nuevas valoraciones del suelo, demoliciones por modernizaciones, manifestaciones de fenómenos sísmicos.

Ya que, como anuncia David Harvey (1990, p.134),

desde el punto de vista materialista, podemos sostener que las concepciones objetivas del tiempo y espacio se han creado necesariamente a través de las prácticas y procesos materiales que sirven para reproducir la vida social. La objetividad del tiempo y el espacio están dados, en cada caso, por las prácticas materiales de la reproducción social y, si tenemos en cuenta que estas últimas varían geográfica e históricamente, sabremos que el tiempo social y el espacio social están contruidos de manera diferencial.

En suma, cada modo de producción o formación social particular encarnará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y el espacio.

Además de la sustitución de las construcciones mismas, para el caso del centro histórico destruyendo con eso el patrimonio histórico colonial. Estos cambios modifican asimismo las funciones, lo que significa el uso de los propios edificios ya contruidos y del espacio que ellos han producido. En las últimas décadas las alteraciones principales se han llevado a cabo a partir del proceso de terciarización, el cual consiste en producir un cambio en el uso del suelo, desde la vivienda hacia las finanzas y el comercio a partir de la revalorización del mismo por el incremento del impuesto predial de la zona, toda vez que esta terciarización acarrea a los usuarios un beneficio creciente. En términos de Harvey (1990, p.158),

un fenómeno aparecido desde la última década del siglo veinte en las grandes ciudades, incluida por supuesto la ciudad de México, es la desindustrialización de las áreas urbanas. Heterogéneos estudios registran disminución del crecimiento industrial y por ende aumento de las actividades en servicios. En condiciones de intensa competencia de cambios tecnológicos y veloces reestructuraciones, pueden citarse innumerables casos de relocalización industrial que han sido decididos teniendo en cuenta la posibilidad de contar con una mejor disciplina de la fuerza de trabajo. Las condiciones de la acumulación flexible implementada en los hechos en los centros de trabajo, aunque todavía no se hayan realizado las modificaciones en el marco legal del país, han hecho posible la exploración de estas otras opciones.

El otro proceso que modifica la funcionalidad de áreas habitacionales es la densificación de las mismas. Esta se ha realizado también como respuesta a la terciarización, ya que se transforman los espacios internos de los edificios al convertirlos en áreas de oficinas.

Terciarización y redensificación son procesos que se han realizado en el centro histórico y que han tenido como resultado la expulsión de gran cantidad de población de bajos ingresos debido al encarecimiento del valor del suelo y la supresión de la ley de rentas congeladas en la década de los noventa, con el propósito hipotético del rescate de los edificios históricos.

Esta forma de intervención del estado, se ha dirigido a abrir las puertas a la inversión del capital privado atraídos por los dispositivos de atracción en los incentivos fiscales. Estas acciones de gobierno han originado que el capital inmobiliario lleve a cabo acciones especulativas con importantes ganancias.

Se ha introducido entonces la discusión abierta sobre cuáles son los espacios cuyo valor la sociedad reconoce y por lo tanto son necesarios para conservar o mantener, una legítima disputa entre la modernidad y el mantenimiento del patrimonio ya construido. Elemento que tuvo su primer enfrentamiento durante el periodo de la arquitectura funcionalista, época de cambio progresivo entre el *art nouveau*, *art deco* y la modernidad. Proceso que se detuvo en 1972, con la promulgación de la ley de Protección del Patrimonio Histórico.

Las edificaciones consideradas patrimonio histórico del centro, se han perdido también por los diversos sismos ocurridos a lo largo de la historia de la ciudad. El último gran sismo de 1985 ocasionó un derrumbe significativo de casonas, las que paulatinamente han sido reemplazadas por construcciones modernas, tratando de mantener un estilo arquitectónico que no rompa la armonía visual.

Como se puede observar, el centro histórico es una amalgama de intereses contradictorios, en donde juegan todos los grupos de poder, en donde cada uno de los llamados por Milton Santos (1990, p.136) "elementos del espacio, (los hombres, el llamado medio ecológico, las infraestructuras, las empresas, el estado y las instituciones) mantienen la mayoría de las veces

intereses contradictorios o complementarios en virtud de los distintos propósitos sobre todo resultado de una capacidad política diferenciada.”

Estos elementos tienen además diferente peso en las condiciones políticas del momento histórico. Se crea así un espacio político específico, resultado de la participación o fuerzas desiguales que han provocado y aun provocan tensiones diferenciadas entre los actores.

Las infraestructuras han sufrido adecuaciones continuas, sobre todo a partir de la llegada de los gobiernos neoliberales con Miguel de la Madrid (1976-1982) que construyó los ejes viales para dar mayor espacio a las calles favoreciendo la compra vía créditos de mayores unidades de automóviles. Las calles perimetrales del centro histórico también sufrieron esta ampliación.

La ciudad de México

No se puede hablar del centro histórico, sin darle una pincela de análisis a la ciudad en su conjunto, con quien ha mantenido una relación dialéctica, sobre todo con relación a la valorización del espacio específico.

La ciudad comienza la expansión hacia las zonas periféricas, al principio del siglo veinte. Se dirige hacia los pueblos cercanos a la ciudad como eran Azcapotzalco, Coyoacán, San Ángel, Tacuba, Tacubaya, Tlalpan y la Villa. Estos pueblo ya contaban con una temporalidad, algunos desde antes de la llegada de los españoles, por lo tanto, tenían una historia espacial que también se fue entremezclando al convivir con el resto de la ciudad. Adquirieron, según el caso de otra significación y se convirtieron, sobre todo los del sur de la ciudad en lugares de vivienda para las clases sociales con niveles económicos altos, así como las áreas con mayor infraestructura hospitalaria y educativa de la ciudad.

En los procesos de expansión física de la ciudad también participan los elementos del espacio antes mencionados. El estado siempre ha sido un actor muy dinámico, participa de forma primordial en virtud de proyectar la lógica de la ciudad por la vía de la llamada organización del territorio, o tratando de articular coherentemente al capital, que siempre trata de imponer las necesidades de reproducción y acumulación. Y la población, como actor

organizado que generalmente responde y/o significa los espacios, dándoles muchas veces una dinámica diferente para la que fueron creados.

La misma forma, unida a una estructura específica, resultado de las relaciones sociales en las cuales nació, puede, a lo largo del proceso histórico, incluir, aceptar, o contener diversas funciones, lo que le da una nueva significación por parte de la población. De esta manera la población también significa los espacios de acuerdo a la función que se les asigne.

Como Milton Santos (1990, p.143) expresa:

en cada sistema hay una combinación de variables a escalas diferentes, pero también de <<edades>> diferentes, cada sistema transmite elementos cuya fecha es diferente. El propio sub-espacio receptor es selectivo: no se acoge a todas las variables <<modernas>> y las variables acogidas no pertenecen todas a la misma generación.

Con esto, se presenta un modo de superposiciones en el tiempo, ya que en cada momento los elementos que entran en la combinación tienen pesos específicos diversos y cuentan con edades diferentes. También hay superposición, a distintas escalas de influencias de espacios diversos. El resultado son lugares con superposiciones espaciotemporales cuya combinatoria es imposible de lograr en otro lugar, envuelto en un significado concreto tanto espacial como temporal. Podríamos hablar, dice Santos (1990, p.144), "de un *tiempo espacial* propio de cada lugar." Ya que ahí se encuentra producido un espacio con objetos diferenciados por edades, en donde cada variable en él establecida contiene una fecha de instalación diferente por el simple hecho de que no se difundió por el espacio planetario al mismo tiempo, por eso cada lugar se distingue por una datación diferente de sus variables constitutivas.

Con ello hay un proceso de producción representativo para cada periodo histórico y económico, en donde las prácticas materiales, entre las cuales se encuentra el propio crecimiento y la forma arquitectónica de los edificios, así como los procesos de reproducción social, se modifican paulatina o bruscamente, cambiando a la vez las cualidades objetivas y los significados del espacio y el tiempo. La vida, la velocidad, el tiempo eran más lentos cuando los pueblos no se habían absorbido a la gran ciudad. El transporte no requería

grandes avenidas. Llegar a tiempo exacto no significaba perder un día de salario.

La producción se puede ver de forma restrictiva, en un ámbito puramente económico, que centra su atención en la producción de objetos, de mercancías. Pero también puede ser conceptualizada como una producción que considera tanto el conocimiento como parte de las instituciones, la producción artística. Hay, por lo tanto, una intervención cualitativa de la técnica, el conocimiento generado, las fuerzas productivas que de acuerdo a la etapa histórica y más abruptamente durante el capitalismo, han producido y modificado el espacio.

El conocimiento, al igual que las técnicas son parte integrante del desarrollo de las fuerzas productivas en un determinado periodo histórico y ambos intervienen en la modificación temporal del espacio.

Hay claramente relaciones entre los periodos históricos y la organización espacial y analizarlas revelan las sucesiones y las modificaciones que los sistemas espaciales han tenido en los diversos procesos históricos, así como el valor relativo de los lugares y las transformaciones que la historia les ha impuesto con el actuar de los actores sociales.

La ciudad entonces, es una realidad en constante transformación, es una producción de la sociedad que la construye. Para su producción intervienen de diferente manera todos los elementos o actores sociales, y es asimismo, una representación material de la misma. Lo que le da al tiempo un camino de acceso al conocimiento de la misma. En ella se realizan todos los aspectos de la actividad económica, se producen mercancías, se distribuyen y se consumen los objetos fabricados. Por lo tanto, como se dijo líneas arriba, las distintas etapas productivas han concentrado espacialmente actividades económicas, principalmente en el norte y oriente de la ciudad, a partir del inicio del capitalismo en el país, lo cual ayuda a la acumulación y la reproducción del capital, proceso que mueve el engranaje de los motores de la sociedad capitalista.

Esta actividad se ve más favorecida en las ciudades, y ha sido fundamentalmente visible en la ciudad de México, desde la época de la manufactura en el centro histórico, porque siempre se ha centralizado tanto el

mayor como el más variado mercado. La actividad económica unida a la presencia del poder político ha sido el detonante de mejores condiciones en calidad y costo de infraestructura y servicios, no siempre distribuidos de manera uniforme, sino que, el propio capitalismo diferencia los espacios, otorgándole a las clases de mayores recursos mayor y mejor acceso a recursos como el agua, transporte, la energía eléctrica y las comunicaciones. Esta concentración de actividades económicas e infraestructura, ha sido además, el principal imán para atraer la mano de obra, más abundante y mejor calificada.

El papel que juega el capital privado es permanecer atento aguardando que las inversiones generen el escenario apropiado para realizar las operaciones que les proporcionen las mayores ganancias. El mismo papel adoptan los agentes inmobiliarios urbanos con respecto a las acciones del Estado en la ampliación de servicios e infraestructuras de la ciudad. El Estado tiene ante sí una responsabilidad contradictoria como parte del propio sistema. A la vez que otorga incentivos a la economía, tiene que garantizar la seguridad así como la reproducción de las condiciones sociales capitalistas existentes.

En la medida que se concentraron las actividades económicas más importantes en el centro del país, también se complejizó el intercambio entre los lugares y con ello los movimientos espaciales. El capital busca mayor ganancia y el Estado trata de contener a la población, si se desborda la inconformidad.

El efecto general, entonces, explica Harvey (1990, p.136),

es que uno de los ejes de la modernización capitalista es la aceleración del ritmo de los procesos económicos y, por lo tanto, de la vida social. La intensidad y velocidad de la producción se han organizado en gran medida más a favor del capital que del trabajo. Una racionalización espacial de la producción, la circulación y el consumo para cierto momento del tiempo puede no resultar adecuada a la acumulación del capital de momentos posteriores.

Con la implementación del modelo neoliberal se incrementó la posibilidad del capital privado para influir en la producción del espacio, lo cual representó una forma fundamental de aumentar el poder social del mismo. Esto conlleva a un incremento en los beneficios materiales y de inversión a partir de una mayor

participación en la creación de infraestructura o en obtener una mejor distribución territorial que les permita apoderarse de los poderes administrativo, político y económico.

A partir de este modelo se acentuó dentro del capitalismo el desarrollo geográfico desigual, el cual requiere cada vez de mayor atención, toda vez que éste se explica la mayoría de las veces, entendiendo como se articulan las diferentes escalas, para lograr comprender las transformaciones locales en su interconexión con el movimiento general del capitalismo.

La ola de crecimiento de la actividad financiera, que produjo el corredor Reforma-Santa Fe en la ciudad de México como respuesta, fue resultado de una gran innovación y desregulación de los mercados financieros a nivel internacional.

Por lo tanto, David Harvey (2007, p.142) puntualiza que

la mayor apertura a los flujos de capital (ante todo estadounidenses, europeos y japoneses) presionó a los estados para que considerasen la calidad de su clima de negocios como una condición decisiva de su éxito competitivo. En tanto que el FMI y el Banco Mundial tomaron progresivamente el grado de neoliberalización de un país como índice para medir la calidad de su clima de negocios, la presión sobre los estados para llevar a cabo reformas neoliberales no cesó de incrementarse. El FMI y el departamento del tesoro estadounidense, que vino a dominar la política económica durante los años de Clinton, fue capaz de convencer, embaucar y coaccionar a muchos estados de países en vías de desarrollo para emprender la senda neoliberal. Estados Unidos también utilizó el cebo del acceso preferencial a su inmenso mercado de consumo para persuadir a muchos países para que reformasen sus economías a lo largo de líneas neoliberales (en ciertos casos a través de acuerdos comerciales bilaterales). Los países que ignoraron los mandatos del FMI y que impusieron controles al capital tuvieron una recuperación más rápida de las crisis provocadas por la huida de los capitales financieros.

En el país, desde 1965 había iniciado la entrada de capital extranjero para la inversión en la maquila, que modificó de manera brutal los espacios fronterizos, al establecerse en esa zona. Influenció de manera fundamental en virtud del aumento de la movilidad de las mercancías al otro lado de la frontera, los menores controles ambientales y la obtención de mano de obra mucho más barata, así como la exclusión de limitaciones del tipo de arancel.

Entre 1970 y 1980, "cuando el país iba a administrar la abundancia", unos de los grandes auges contemporáneos del petróleo en México, siendo

presidente José López Portillo, se duplicó el número de empresas estatales y con ellas el número de empleados al servicio del estado. Estas empresas, fueron manejadas administrativa y políticamente de manera corrupta implementada por el estado durante el largo periodo de los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y ellas no sólo perdían dinero, sino que el estado recurrió al endeudamiento interno y externo para lograr mantenerlas.

El país se declaró en quiebra en agosto de 1982. Con la huída de los capitales tanto de la burguesía nacional como trasnacional y la devaluación del peso fue el primer país al que el Banco Mundial, en 1984, le otorgó un préstamo con la condición de implementar las reformas neoliberales. Si bien no se han realizado las llamadas reformas estructurales que los organismos internacionales han promovido, todos los gobiernos neoliberales, desde Miguel de la Madrid (1982), hasta Felipe Calderón (2006), pasando por Carlos Salinas (1988), Ernesto Zedillo (1994) y Vicente Fox (2000) han trabajado arduamente tanto en las cámaras de diputados y senadores para llevar a cabo los cambios de las leyes y como no se han logrado del todo, en la práctica han permitido acciones prohibidas por la Constitución, de acuerdo a los intereses trasnacionales como la apertura de los mercados internos, las barreras arancelarias con una disminución máxima y sobre todo la mano de obra más barata, tratando de destruir los sindicatos independientes para que los trabajadores no tengan el respaldo colectivo para la defensa de sus intereses.

Consideraciones finales

El centro histórico de la ciudad de México ha sido desde antes de la llegada de los españoles y hasta y hasta nuestros días, el eje neurálgico de las actividades económicas y financieras no sólo de la ciudad, sino de casi todo el país. Sin embargo, ha sufrido modificaciones que son la respuesta a las transformaciones que principalmente el capital le ha impuesto a la ciudad.

Por lo tanto, en él se pueden leer los cambios tanto físicos como simbólicos que los diversos actores sociales le han impuesto con su dinámica.

En él se condensan y se pueden estudiar los proyectos que la nación ha tenido y las contradicciones que crea el propio sistema. Es entonces la ciudad de México un fiel espejo del tejido y la dialéctica de los cambios espaciotemporales, ejes de la historia y la geografía.

Referências

- de Rojas, José Luis, 1986, *México-Tenochtitlan, economía y sociedad en el siglo XVI*, México, Colmich-FCE.
- Gibson, Charles, 1978, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI.
- Harvey, David, 1990, *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Harvey, David, 2007, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Lefebvre, Henri, 1976, *Tiempos equívocos*, España, Kairos.
- Melé, Patrice, 2006, *La producción del patrimonio urbano*, México, CIESAS.
- Rojas Mix, Miguel, 1978, *La plaza mayor, el urbanismo, instrumento de dominio colonial*, Barcelona, Muchnik.
- Santos, Milton, 1990, *Por una geografía nueva*, Madrid, Espasa Calpe.
- Soustelle, Jacques (1970), *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, Fondo de Cultura Económica.